

## PRESENTACIÓN

Aurora Cano Andaluz



La conmemoración del Centenario de la revolución mexicana fue una oportunidad espléndida para que la Biblioteca y la Hemeroteca nacionales de México ofrecieran a los visitantes algunos ejemplos de la memoria editorial que sus acervos resguardan. Asimismo, permitió que el Instituto de Investigaciones Bibliográficas convocara a la comunidad de la Universidad Nacional Autónoma de México y de otras instituciones del país para llevar a cabo el coloquio "Testigos y Actores de la Historia. Independencia y Revolución en la Biblioteca y Hemeroteca Nacionales de México". De los muchos trabajos que fueron leídos en esta reunión derivaron algunos textos que ahora forman este Número Extraordinario del *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*.

Los artículos integran un conjunto sustancioso del quehacer académico en torno a temas sobre la Revolución y el entorno político, social y cultural previo a ella, con una perspectiva multidisciplinaria. En el amplio contexto que la historia brinda, encontraremos reflexiones sobre personajes y grupos culturales y sociales significativos, corrientes literarias, personajes de ficción modélicos en las manifestaciones literarias del periodo, consideraciones historiográficas y comentarios sobre fuentes específicas para consignar los hechos, desde el ámbito recogido del diario testimonial y la información oportuna de las publicaciones periódicas hasta la inmediatez de los materiales filmicos. Hago a continuación una descripción breve de los ocho trabajos y las dos reseñas bibliográficas por orden de aparición en el volumen.

Fernando Curiel examina un personaje colectivo que llama generación o, mejor aún, constelación: el Ateneo de la Juventud. A partir de una contextualización política y cultural del periodo donde se inserta el grupo, defiende la tesis de que se trata de un movimiento que rebasa el acotamiento porfiriano en el cual nace para internarse en el entorno revolucionario, e incluso ir más allá de la etapa de la lucha armada.

Los vínculos políticos de sus integrantes son evidentes, normarán su actuación y generarán proyectos específicos. La figura del Ateneo es visible, pues, desde su fundación en 1909 y hasta 1924, en que termina

su identificación y trabajo como grupo. En este lapso, el autor advierte dos etapas. Primero, tendrá una participación dentro del programa cultural de las fiestas conmemorativas por la Independencia: conferencias y la publicación de la *Antología del Centenario*. Con el inicio del movimiento armado, sus miembros ocuparán posiciones políticas diversas: reeleccionistas, maderistas y huertistas, principalmente. En 1912 mudarán el nombre por Ateneo de México y serán responsables de la fundación de la Universidad Popular Mexicana, a la vez que participarán en la reforma del programa de la Escuela Nacional Preparatoria, en el cual se abandonará el positivismo, y en la modificación a la Escuela Nacional de Altos Estudios, en la que se crearán tres nuevas secciones, una de ellas la de Humanidades, antecedente de la Facultad de Filosofía y Letras. Finalmente, Curiel ubica la última etapa del grupo entre 1920 y 1924, con la relevancia de la figura de José Vasconcelos y los proyectos educativos y socioculturales en ella.

Rafael Torres centra su trabajo en la vida cotidiana incorporada a la narrativa de la Revolución y analiza dos factores desde esa misma cotidianidad: el impulso individual que llevó a los personajes a participar en ella y las desilusiones que el movimiento acarreó, lo que el autor llama “las razones y las sinrazones más inmediatas que tuvieron innumerables personas para lanzarse a la ‘bola’...” (p. 29). La fuente del análisis es el subgénero que en México ha recibido el nombre de Literatura de la Revolución, y que abarca experiencias y manifestaciones desde la poesía, los cuentos, memorias, crónicas, artículos periodísticos y, sobre todo, la novela.

Para dar sustento a las razones sobre la incorporación al movimiento, Torres toma como hilo conductor a una diversidad de personajes de las novelas más representativas del subgénero citado. Así, sus voces ejemplifican y justifican el impulso inicial que tuvo mucho de salvador. Menciona obras de Francisco L. Urquizo, Agustín Yáñez, Agustín Haro y Tamariz, José Juan Tablada, Rafael F. Muñoz, Gregorio López y Fuentes, Martín Luis Guzmán, Miguel N. Lira, Mariano Azuela y Agustín Vera. En el terreno de las desilusiones, también los personajes de un buen grupo de escritores las expresan; el porqué de una lucha que después del desgaste lleva a una reflexión y a una inconformidad ante las promesas incumplidas, como lo señalan en sus obras Mariano Azuela, José Rubén Romero, Germán List Arzubide, Jorge Ferretis, Martín Luis Guzmán, Nelly Campobello, Mauricio Magdaleno, José Mancisidor, Antonio Castro Leal y José Vasconcelos.

El artículo menciona, finalmente, la presencia del teatro y la dramaturgia en las décadas posteriores al movimiento; ahí también fue evidente el abordaje de estos temas, a favor y en contra: *Los alzados*, de Luis Octavio Madero; *El gesticulador*, de Rodolfo Usigli, y *La realidad en las manos del hombre*, de Rodolfo Oneto Barenque.

Ángel Miquel describe en su texto los documentales cinematográficos que se produjeron durante el periodo de la Decena Trágica en la ciudad de México, así como su exhibición simultánea y posterior en ella y en otros puntos de la república. Además de este material, el autor destaca los contenidos que sobre el levantamiento consignaron hojas volantes, panfletos, periódicos, con noticias y trabajo de reporteros, revistas ilustradas, tarjetas postales, libros, (incluidas las fotografías en varios de ellos) y obras teatrales de revista. Sobre estas últimas, se escenificaron de manera cómica y sólo unos días o semanas después, *La revolución desde abajo*, *Después de la revuelta* y *El país de la metralla*. Una vez que las actividades en la capital volvieron a la normalidad, los cines programaron documentales que recogían principalmente los estragos provocados por los hechos, lo cual caló con facilidad en el público e hizo que varios de ellos iniciaran un recorrido itinerante. Los principales que describe el autor fueron: *Semana sangrienta en México*, de los hermanos Alva, con la versión "oficial" sobre lo ocurrido, y *Revolución felicista*, probablemente de Salvador Toscano y Antonio Ocañas. En ellos incluye datos sobre la trayectoria de cada uno de estos cineastas y algunos sobre la reacción del público, lo que llevó al gobierno huertista a la creación de un reglamento y la aplicación de la censura a sus autores y productores.

Característica esencial de estos documentales —señala el autor— fue el partidismo; aunque aparentemente sólo mostraron con las cámaras lo que vieron, en los títulos que aparecieron para identificar cada toma se abandonaba lo meramente noticioso para colocarse en una interpretación específica que apoyaba o censuraba el golpe militar y el ascenso de Huerta al poder.

Irma Lombardo aborda su artículo basado en el acervo de la Hemeroteca Nacional de México, rico en periódicos publicados durante el periodo de la revolución mexicana. La autora se centra, así, en una actividad novedosa en el país durante esos tiempos, comentando el oficio y las notas que el corresponsal de guerra Ignacio Herrerías, habilitado para cubrir la

lucha armada, entregaba al diario *El Tiempo*. Los principales contenidos de los reportajes realizados por este personaje fueron agrupados en su columna "En el Campo Revolucionario", que empezó a publicarse desde los meses de abril y mayo de 1911, y de la cual la autora presenta ahora la reproducción facsimilar en el Suplemento de este número del *Boletín*.

Relata Lombardo que Herrerías estuvo presente en las batallas, recogió testimonios y entrevistó a las cabezas del movimiento, y señala como antecedente de toda esta actividad reporteril a la cobertura, casi por casualidad y por los rumores que corrían en la ciudad de Puebla, del levantamiento de los hermanos Serdán, que quedó reseñado después en un pequeño libro, *Los sucesos sangrientos de Puebla*. Con esta experiencia, el director Victoriano Agüeros le comisionó al norte —ya con carácter de corresponsal de guerra—, al campamento maderista en Bustillos, Chihuahua, donde realizó entrevistas destacadas a Madero, Pascual Orozco, hijo, y Francisco Villa. Desafortunadamente, en agosto de 1912 Herrerías entró a territorio zapatista y, después de una entrevista al líder sureño, murió cuando el tren en el que viajaba fue asaltado por tropas del propio caudillo.

Mario Ramírez Rancaño toma como protagonista colectivo de su texto al Ejército federal y a la forma como enfrentó, primero, al enemigo emergente e improvisado —el Ejército revolucionario— que fue cobrando fuerza y oficio; después, lo describe en el periodo de por sí complejo que empieza con los Tratados de Ciudad Juárez y las presidencias de De la Barra y Madero, para culminar con su disolución en 1914, tras la huida de Huerta y la firma de los Tratados de Teoloyucan.

Analiza los principales movimientos que las cabezas de ese ejército de carrera realizaron para adaptarse a las nuevas circunstancias, incluidas primero las aventuras al interior de las facciones, y luego los que Ramírez Rancaño llama "rescatados por el nuevo régimen" (p. 102) quienes, por cierto, fueron pocos y cuya inclusión tardó en varios casos hasta 1920, año en que se reabrió el Colegio Militar. El grueso de los oficiales de distintas graduaciones no fue tomado en cuenta y pasó por vicisitudes de diferente magnitud, al igual que por exilios forzados y voluntarios.

El autor avanza en su rescate de ex federales a lo largo de la década de 1920 y concede especial atención a la figura del general Enrique Gorostieta, cabeza militar de los cristeros en la última etapa de esa lucha y que ejemplifica el escaso espacio que en 1929 quedaba para un movi-

miento militar de consideración que pusiera en peligro a estos gobiernos posrevolucionarios. En todo el texto, se destacan también las múltiples “cobardías y traiciones de una parte de la cúpula del Ejército federal, que en 1914 los condujo al desastre [...] El viejo Ejército se convirtió en una institución aborrecida y despreciada” (p. 120). Al atribuirles tales actos los hace responsables de las repercusiones negativas que éstos tuvieron para varias coyunturas que marcaron la trayectoria política del país.

Respecto al trabajo que presento, una selección hemerográfica de tres diarios —*El Regidor*, *La República* y *La Patria*, publicados en Texas, el primero en San Antonio y los otros dos en El Paso— forma parte de una investigación en proceso que se centra, principalmente, en las voces desde la prensa en español —mayoritariamente anticarrancista— que circulaba en la zona fronteriza entre los Estados Unidos y México. La editaban o colaboraban en ella mexicanos que habían salido del país en distintos momentos de la lucha armada: “Constituye el testimonio del ‘México de afuera’ y su percepción acerca del proceso político, económico y social en que el país se encontraba inmerso y del que los exiliados habían quedado automáticamente excluidos” (p. 128).

La etapa que abordo cubre un quinquenio. Desde la gestión huertista y su posterior desaparición, cuando muchos de los que en algún momento del régimen colaboraron en sus cambiantes gabinetes se ven obligados a tomar el camino del exilio (1914-1915), engrosando la ya numerosa colonia mexicana en ciudades texanas. Pongo fin a la recreación periodística en 1920, después de la muerte de Carranza, el enemigo, cuando el Grupo Sonora —Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles— se hace dueño de la situación, lo que para los exiliados podía significar la vuelta a su país.

No obstante el predominio de huertistas en este contingente de exilio, constituye un grupo heterogéneo que se fue conformando desde los tiempos maderistas con elementos de filiaciones distintas; además de los que tuvieron nexos directos con Huerta, encontramos en él porfiristas, reyistas, antiguos maderistas, orozquistas, villistas y zapatistas. En cuanto al contenido de los artículos de las publicaciones seleccionadas, por lo general presentan posiciones duras frente al evidente intervencionismo del gobierno estadounidense y de crítica fuerte y sistemática a las acciones del Primer Jefe —Venustiano Carranza— y sus colaboradores.

El artículo de Evelia Trejo, centrado en la historiografía, apunta la rica relación entre la historia como una sucesión de hechos y la primera como representación de los mismos, y toma como eje la revolución mexicana. Distingue tres tipos de obras que son, a la vez, tres maneras de abordar la realidad: las que hacen un recuento de los hechos; las que se proponen identificar los fenómenos que constituyeron el movimiento y las que reflexionan sobre las obras anteriores para señalar sus rasgos principales: “[...] clasificarlas, valorarlas y, en algunos casos, extender su aprobación acerca de la capacidad demostrada por sus autores para decir lo que fue la revolución” (p. 145).

En este texto se recogen algunas experiencias de la autora, a lo largo de varias décadas, relacionadas con la historiografía y la consecuente interlocución con colegas en varias reuniones académicas, hasta llegar a las reflexiones en torno a la conmemoración/celebración como la que actualmente se ha vivido en México; en ellas, dice Trejo, resulta importante preguntarse su sentido como “evocación” más que solamente como “invocación”.

Distingue, asimismo, entre la historiografía como fuente de la historia y como objeto de estudio: “con el correr del tiempo la revolución mexicana se fue afirmando como un objeto de estudio y, al mismo tiempo, los escritos acerca de ella también se fueron constituyendo como tales. ¿Quiénes los hacían? ¿Qué autoridad tenían para narrarla? ...” (p. 153). En este ejercicio de recuperación que hace la autora, agrupa las maneras de interpretar lo que fue la Revolución en cuatro posiciones: un proceso de anarquía, fundamentalmente un movimiento agrario, una vía modernizadora o una revolución democrático-burguesa. Trejo termina el texto con un compromiso asumido por la historiografía mexicana en sus relaciones con la historia de esa revolución; específicamente en su confrontación con el sentido del cambio experimentado a lo largo del siglo xx y con lo que ella denomina la “historicidad de la experiencia” (p. 159).

El último artículo es el de Pablo Mora, quien aborda al personaje que da título a su texto como un traductor de la poesía parnasiana, sobre todo francesa, con la óptica de la tradición clásica; el autor se sitúa, pues, como un crítico que busca el equilibrio: “supo vislumbrar y establecer puentes entre esas dos orillas [...] se afianza a su tradición poética al mismo tiempo que se asoma y pone en práctica una sensibilidad moderna” (p. 168?).

Mora desbroza el camino que recorrió Sierra por medio de la traducción en la búsqueda de lo universal a través de lo mexicano, esto es, el enlace entre el clasicismo, neoclasicismo y parnasianismo generados en el país. Sus versiones, dice el autor, influyeron también en su propia poesía con un gusto por la técnica y la estética griegas, en una anticipación a lo que los parnasianos y modernistas harían después desde otra posición.

En la sección de Reseñas de este número, Silvia Jáuregui y Zentella (IIB-UNAM) nos presenta dos. En la primera se refiere al libro del francés Eugène Cuzin titulado *Diario de un francés en México durante la Revolución. Del 16 de noviembre de 1914 al 9 de julio de 1915*, con un prólogo escrito por su hija en 1982. Se trata de un diario en el cual recogió su experiencia durante el periodo que corre de noviembre de 1914 a julio de 1915. Constituye un registro de este empresario *barcelonnette* que emigró a México en 1892 y llegó a tener negocios importantes en el país, principalmente en Jalisco y la ciudad de México, desempeñándose también como cónsul de Francia en Guadalajara. Por su formato de diario se recrean los detalles; en él relata minuciosamente los movimientos civiles y revolucionarios en Jalisco, con inserciones de la vida cotidiana.

La segunda reseña trata sobre una nueva obra de Ignacio Solares: *Ficciones de la revolución mexicana*, que constituye un acercamiento desde la ficción a 18 pasajes de dicho movimiento, como se advierte en algunos títulos de los apartados: “Pino Suárez y la política”; “Madero y Huerta. Un sueño de nadie”; “Porfirio Díaz y Madero. En caliente”; “Asesinato del presidente Porfirio Díaz”; “Zapata en Chinameca”; “Pancho Villa sí conquistó Columbus”; “Los delirios de Victoriano”; “La Bombilla”; “Las soldaderas”; “Ángeles y el oro”; “Cuando Madero llegó hasta la tierra tembló”, etcétera. La imaginación del autor toma como punto de partida la historia —lo que ocurrió— y nos traslada al terreno de la suposición —lo que hubiera podido ser—. Lejos quedan en esta obra las consideraciones y las consignas de la historia oficial; es un divertimento que, sin ser historia, nos interna en ella. 

